

TEXTOS SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA LECTURA

[He aquí algunos textos para reflexionar sobre el valor de la lectura, con el fin de propiciar también la escritura creativa de los alumnos]

...

...

...

1. EL VICIO DE LEER, de Paco Abril,

“Después de pensármelo mucho, acudí a la reunión de lectores anónimos que había convocado la biblioteca pública. Cuando me tocó el turno de hablar, saqué el papel que había estado preparando toda la tarde, y leí:

Mi nombre no importa, soy un lector anónimo.

El día que dije en mi casa que me gustaba leer, mi padre puso el grito en el cielo.

-Pero, bueno, ¿cómo es posible que te guste leer? - dijo alzando la voz ¿Me has visto a mí leer alguna vez? ¿Lee tu madre? ¿Lee tu hermano mayor? No, verdad. Ninguno de nosotros leemos. ¿Y no estamos todos sanos y fuertes?

Mi madre fue más suave, aunque su tono también estaba cargado de reproches.

- Hijo, ¿por qué lo haces? ¿Por qué lees? - me preguntó entristecida.

Sin dejarme responder, mi padre volvió a la carga y siguió despotricando.

- Vamos a ver. Tienes un ordenador, tienes un montón de videojuegos, te hemos puesto un televisor en tu cuarto y, a pesar de todo eso, que buenos esfuerzos nos ha costado, el niño caprichoso prefiere leer libros. ¿Te parece bonito ese vicio?

¿Vicio? Yo, la verdad, no supe qué responder. Según comprobé después a escondidas en el diccionario, que también es un libro, un vicio es una mala costumbre que se repite con frecuencia. En aquel momento, más que un vicioso, me sentía como un ladrón que acabara de robar en el Banco de España y hubiera sido pescado in fraganti.

Para colmo todavía tenía el botín en la mano, la prueba del delito, esto es, los libros que acababa de sacar de la biblioteca pública. Mis padres los miraron horrorizados y leyeron los títulos con dificultad.

Bueno, la cosa no paró ahí. Tuve que prometerles a mis progenitores que nunca más volvería a leer libros en casa.

La verdad es que me gustaría compartir este interés por la lectura con alguien, pero mis amigos piensan como mis padres. Ellos sólo saben hablar de fútbol. Un día que les insinué haber leído un libro, me miraron como si fuera un enfermo contagioso, y se alejaron de mí poniendo cara de asco.

He cumplido mi promesa a rajatabla. Ya no leo en casa, ahora leo sentado en un banco del parque y en la biblioteca pública, donde ellos no pueden verme. A veces, cuando me dedico a este vicio, tengo miedo a que me descubran, aunque luego me olvido de todo.

Lo siento por mis padres, pero a mí me gusta leer, ¿y qué?”

2. “LEER UN LIBRO es volver a nacer.

“Es el camino para apropiarnos de un mundo y de una visión del hombre que, a partir de ese momento, entran a formar parte de nuestro ser. Una lectura disfrutada con riqueza y plenitud es la conquista más plena que puede hacer un hombre en su vida. Hay una condición esencial que hará que este regalo de los dioses sea para siempre. La lectura debe causarnos placer. Un placer que venga de los más hondo del alma y que ha de quedarse allí intacto y disponible. Esto nos llevará a otro de los dones que concede la lectura, y es la relectura. Así, volver a leer un libro tendrá siempre una condición reveladora y es ésta: a cada lectura el libro se nos va a presentar con un nuevo rostro, con nuevos mensajes, con otros ángulos para percibir el mundo y los seres que lo pueblan.

Suele hablarse en estos tiempos de la desaparición del libro por obra de tecnologías aparentemente inevitables. Grave error el pensar así. El libro acompañará al hombre hasta su último día sobre la tierra. Cuidemos el libro, amemos el libro, en el libro se esconden las más secretas claves de nuestro paso por la tierra, el más absoluto testimonio de nuestra esencia como hombres. El libro es el mensajero de un más allá cuyo rostro no acabamos de percibir”.

Álvaro Mutis

3. UN DÍA CUALQUIERA...

“El profesor salió del departamento cargado con treinta libros, recorrió con dificultad los pasillos del instituto, entró en clase y dejó el rimerero de títulos sobre la mesa. Pensaba en Wilt, ese extravagante profesor de la famosa novela de **Tom Sharpe**, quien repartía obras a sus alumnos con la intención de acallar lo que a su juicio era una jauría humana difícilmente controlable. No existe comparación posible; su ámbito de trabajo es afortunadamente agradable. El profesor cree que **García Márquez** está en lo cierto, que "un curso de literatura no debería ser mucho más que una buena guía de lecturas" (EL PAIS, 27 de enero de 1981). Ahora está en clase, se siente satisfecho de creer en su quehacer docente y en una metodología reflexionada durante varios lustros, y cuyo fin último es el fomento de la lectura a través del asesoramiento individual de cada alumno.

Pero, al mismo tiempo, está insatisfecho con los ínfimos niveles lectores que exhiben sus alumnos y con los datos que reflejan las aleatorias encuestas (una de las últimas informa de que un 47, 8% de los ciudadanos no lee nunca). Descree también de las paupérrimas políticas de promoción lectora promovidas por el Ministerio (el Plan de Lectura nacional va a concluir sin haberse notado su presencia en los IES), pues no inciden más que en campañas de concienciación del valor de leer a través de mensajes publicitarios de dudoso gusto, y se olvidan de la necesaria formación del profesorado y de la rehabilitación de las bibliotecas

escolares, los dos pilares básicos para mitigar la actual anorexia lectora de tantos jóvenes...

Una vez repuesto, el profesor enseñó los treinta libros a sus alumnos, los fue comentando uno a uno, destacó de ellos los aspectos más interesantes, transmitió el entusiasmo sereno que él sentía por los títulos, y fue entregando a cada alumno un libro. El profesor sabe que nunca es tarde para descubrir la lectura; es consciente de que los alumnos necesitan un asesoramiento individual del acto de leer, que cada joven requiere un libro concreto, porque cada individuo posee un determinado nivel de competencia lectora (NCL) y un gusto temático propio. El profesor es feliz con el método de trabajo que ha elaborado, porque, tras muchos años de leer libros pensando en el hipotético placer de sus alumnos, ha atesorado un Corpus de lecturas tan amplio como útil y adecuado para ellos. Y cada año renueva la lista, e incorpora nuevos títulos y prescinde de otros. Y así crece su base de datos, en la que se alojan cientos de guías de lectura, guías que son la memoria viva de cada libro y que le permiten al profesor conocer con detalle el contenido de los libros leídos, y le garantizan, de paso, una rentabilidad didáctica de cada lectura realizada. El deseo de este profesor no es otro que conocer personalmente a sus alumnos para trazarles a cada uno de ellos un Plan Individual de Lectura (un PIL), de modo que se pueda construir la Biografía Lectora de un determinado alumno desde 1º a 4º de la ESO. Ardua es esta tarea, mas el profesor sabe que ésta es una de sus mayores responsabilidades como docente: mostrar al alumno el mundo de la lectura, no sólo el de la lectura instrumental entendida como una herramienta para acceder a los conocimientos de los diversos currículos, sino, sobre todo, fomentar el gusto por la lectura literaria, placentera, estética, esa otra lectura entendida como fuente de enriquecimiento personal, tal y como se recoge en los contenidos generales de la etapa de Secundaria.

El profesor cree humildemente en su plan, en su modelo de programación favorecedor de la lectura. Pero hasta concebirlo en su totalidad, el camino ha estado sembrado de dificultades: ha tenido que demostrar, a no pocos colegas instalados en un trasnochado elitismo lector, los valores intrínsecamente literarios de muchos de los libros en los que se apoya su plan de lectura; ha tenido, pues, que reivindicar el valor de la literatura juvenil como un modo peculiar de leer de los jóvenes, peldaño previo y necesario para acceder a la literatura clásica; ha explicado que los hombres nacen ágrafos e iletrados y que es lento el proceso de formación de lectora, mas no existe otro camino para aprender el hábito lector que la práctica y la frecuentación de la lectura en el aula, por medio de planes lectores en cada curso de la Secundaria; ha debido organizar su disciplina de tal modo que no exista la tradicional hegemonía de los contenidos conceptuales, con el fin de que la lectura no sea una actividad extracurricular, sino una práctica temporalizada y convenientemente valorada; ha debido de convencer a algunos padres y profesores de que leer no es una pérdida de tiempo, y de que no hay mejor manera de enseñar literatura que plantear una buena relación de títulos; ha reivindicado, en esencia, la

lectura como experiencia personal más que como una práctica para acceder a la historia de la literatura ...

Tras muchos años, este profesor cada vez habla menos en clase, pues sabe que el proceso de aprendizaje lo deben desarrollar de modo pragmático sus alumnos, por medio de la lectura y de las propuestas de escritura pertinentes en cada caso. Este profesor ha reunido también una buena retahíla de textos de ínclitos estudiosos y escritores con los que fundamentar su proyecto de lectura, pero sabe que esa artillería erudita está disponible para quienes quieran conocer los entresijos de su proyecto y también para cuantos pretendan minusvalorar su labor, pues abundan por doquier quienes practican (atrapados por las exigencias del "programa") cierto inmovilismo lector y cierta obsolescencia metodológica. Por eso, lo mejor es dejarle que desarrolle su trabajo: él se ha aventurado a atravesar la oscura senda del desencanto que atenaza a la docencia, y cree en su plan de lecturas, una metodología que en estos instantes está acabando de explicar a sus alumnos con la intención de que lean, con permiso de **Forges**, algo más que un mísero código de barras".

Julián Montesinos Ruiz, profesor del IES Misteri d'Elx.

4.

"No voy a recomendar a nadie la lectura como no pretendo aconsejar la dulce y fiera práctica del coito o la degustación de ese amigo de los hombres, el vino. Toda pasión tiene sus peligros y sólo los idiotas sueñan con una vida apasionadamente segura, como sólo los exangües buscan una seguridad apática. Quien no quiera mojarse que no aprenda a nadar, ni se atreva a amar o a beber. Y que no lea tampoco o que sólo lea para aprender, para destacar, para hacerse sabio o famoso, es decir: para seguir siendo idiota. El que valga para leer, leerá: en pergamino, en volumen encuadernado en piel, en libro de bolsillo, en hoja volandera o en la pantalla del ordenador. Leerá por nada y por todo, sin objetivo y con placer, como quien respira, como quien se embriaga o enreda sus piernas en las de alguien apetecible. Sólo eso importa, cuando la pasión manda. Y así he leído yo no toda mi vida pero sí en los mejores momentos de mi vida. Ahora retrocedo un poco y acaricio con los ojos esta sobrecargada biblioteca con la que vivo, en la que vivo. Es como la farmacia de un viejo alquimista, donde pueden buscarse analgésicos y afrodisíacos, tónicos y conjuros diabólicos, visiones de gloria o pesadilla y la seca agudeza descarnada que revela lo real.

Ya es hora de volver a ella ".

Fernando Savater

5.

“3 años: Queremos aprender a leer.

4 años: La lectura nos ayuda a crecer.

5 años: A la biblioteca vamos y con los libros, aventuras disfrutamos.

1º Primaria: Un libro es un maestro para toda la vida.

2º Primaria: Leer nos despierta sentimientos de amor, alegría y fantasía. Desarrolla nuestra curiosidad y el deseo de saber.

3º Primaria: Leer es saber y aprender. Leer es soñar e imaginar. Leer es bonito y divertido. Todos queremos leer.

4º Primaria: Cada libro es un amigo lleno de fantasías, sueños y aventuras Descúbrelo.

5º Primaria: Si quieres aprender, no dudes en leer.

6º Primaria: Si quieres divertirte y aprender ya sabes lo que tienes que hacer. No pierdas ni un segundo y empieza a leer.

1º ESO: Con cada lectura aprenderás sin tenerte que esforzar.

2º ESO: Tensión, aventura, emoción, eso es la lectura.

3º ESO: Leer engancha, pruébalo y verás.

4º ESO: La lectura facilita el camino hacia la cultura.”

6. LEER

Los editores acaban de lanzar una campaña para fomentar la lectura. Hacen bien: Al parecer, en este país sólo lee a diario un 18% de la población, mientras que todos los días se aceporran con la televisión el 84%. Y casi la mitad de los españoles mayores de 18 jamás leen nada. Me pregunto sinceramente cómo se las arreglan para sobrevivir sin los libros, la existencia se me antoja mucho más gris y más mezquina.

Éste es un artículo apasionado. Una carta de amor a la literatura. Las novelas son como los sueños de la Humanidad: ponen palabras a lo que no tiene nombre, dan forma a ese rugiente magma que los habita. No hay ningún libro, ningún amor imprescindible. Si Shakespeare, si Cervantes no hubieran existido, el devenir del mundo hubiera sido probablemente idéntico. Pero los libros en su conjunto, sí son imprescindibles. Si se les impide soñar, las personas enloquecen: está comprobado. De la misma manera, sin novelas, la Humanidad sería mucho más triste y más enferma.

Hay algo sustancial que nos une a la narrativa. Quizá sea, como dice Vargas Llosa, porque la novela pone un simulacro de orden en nuestras azarosas y caóticas existencias; porque restaría, por tanto, la herida del vivir, el mal oscuro. Pero no quiero ponerme trascendente; lo que sí sé es que las novelas me han dado muchas vidas. He visitado cientos de mundos, he sido dama victoriana, rey medieval y bucanero. He conocido el odio y el amor, la aventura y el vértigo.

Todos tenemos un libro que nos espera, de la misma manera que a todos nos aguarda un amor en algún sitio: la cosa es descubrirlo. Los que no disfrutan con la lectura son aquellos que no han encontrado aún ese libro, esa obra que les atraparía y les dejaría temblorosos y exhaustos como siempre dejan las grandes pasiones. Lo siento por ellos".

Rosa Montero.

7. "INSTRUCCIONES PARA ENSEÑAR A UN NIÑO A LEER"

Conviene empezar cuanto antes, a ser posible en la habitación misma de la clínica de maternidad, ya que es aconsejable que el futuro lector esté desde que nace rodeado de palabras. No importa que, en esos primeros momentos, no las pueda entender, con tal de que formen parte de ese mundo de onomatopeyas, exclamaciones y susurros que le une a su madre y que tiene que ver con la dicha. Poco a poco irá descubriendo que las palabras, como el canto de los pájaros o las llamadas del cielo de los animales, no son sólo manifestación de existencia sino que nos permiten relacionarnos con lo ausente. Así, muy pronto, si su madre no está a su lado echará mano de ellas para recuperarla en su pensamiento, o si vive en un pueblo rodeado de montañas les pedirá que le digan cómo es el mundo que le aguarda más allá de esas montañas y del que no sabe nada.

Palabras del día y de la noche, por eso los adultos deben contarle cuentos, y sobre todo, leerse los. Es importante que el futuro lector aprenda a relacionar desde el principio el mundo de la oralidad y el de la escritura. Que descubra que la escritura es la memoria de las palabras, y que los libros son algo así como esas despensas donde se guarda todo cuanto de gustoso e indefinible hay a nuestro

alrededor, ese lugar donde uno puede acudir por las noches, mientras todos duermen, a tomar lo que necesita. A estas alturas habrá hecho un descubrimiento esencial, que existen palabras del día y palabras de la noche. Las palabras del día tienen que ver con lo que somos, con nuestra razón, nuestras obligaciones y nuestra respetabilidad; las de la noche con la intimidad, con el mundo de nuestros deseos y nuestros sueños. Y ése es un mundo que necesariamente se relaciona con el secreto. Por eso, el adulto no debe hablar demasiado al niño de los libros, ni abrumarle con consejos acerca de lo importante que es leer, porque entonces éste desconfiará. La madre que guarda en la despensa los dulces que acaba de preparar, no lo proclama a los cuatro vientos, y así los vuelve más codiciables. Las palabras de la literatura tienen que ver con ese silencio, con lo que se guarda y tal vez hay que robar, nunca con lo que nos ofrecen a gritos, y mucho menos a la luz del día, donde todos puedan vernos. El futuro lector, en suma, debe ver libros a su alrededor, saber que están ahí y que puede leerlos, pero nunca sentir que es eso lo que todos esperan que haga.

Sería aconsejable, si me apuran, que los padres no los tuvieran demasiado a la vista, sino que los guardaran dentro de grandes armarios, que a ser posible mantendrían cerrados con llave. Aunque de vez en cuando se olvidarían esa llave, o de cerrar esos armarios, dándole al niño la opción de llevarse los libros cuando nadie les viera. Pero lo más importante es que el niño vea a sus padres leer. Discretamente, sin ostentación, pero de una forma arrebatada y absurda. El rubor en las mejillas de una madre joven, mientras permanece absorta en el libro que tiene delante, es la mejor iniciación que ésta puede ofrecer a su niño al mundo de la lectura. Pero los libros son como aquel jardín secreto del que hablara F. H. Burnett en su célebre novela homónima: No basta con saber que están ahí, sino que hay que encontrar la puerta que nos permite entrar en su interior. Y la llave que abre esa puerta nos tiene que ser entregada azarosamente por alguien. En la novela de F.H. Burnett es un petirrojo quien lo hace, y gracias a ello la niña puede visitar el jardín escondido. El que ese petirrojo tarde en presentarse no quiere decir que no vaya a hacerlo nunca, pero incluso si así fuera tampoco se alarme demasiado, ni por supuesto llegue a pensar que su hijito es un caso perdido. Piense que la lectura no siempre nos hace más sabios, ni más inteligentes, ni siquiera más buenos o compasivos, y que bien pudiera ser que ese niño que adora fuera como los bosquimanos, que tampoco leyeron una sola línea y eso no les impidió concebir algunos de los cuentos más hermosos que se han escuchado jamás. No olvide, en definitiva, que el cuento más necesario, y por el que seremos juzgados, es el que contamos sin darnos cuenta con nuestra vida.

Gustavo Martín Garzo.

8. "LA PRIMERA TAREA DEL PROFESOR DE LENGUA".

Nos gustaría encargarte un misión *in partibus irfidelium*, en terreno de infieles o al menos de incrédulos. Nos gustaría que convencieses a tus compañeros, los profesores de otras materias, de que el fomento de la lectura no es tarea exclusiva de tu departamento, sino de todos. (...) deseáramos que en cada centro educativo se urdiera una "conspiración de lectores", "un tenaz proselitismo del leer", cuyos iniciadores deberíais ser los profesores y profesoras del departamento de Lengua, junto con la persona encargada de la biblioteca, cargo que debería establecerse en todos los centros de enseñanza. El centro entero tiene que estar implicado. (...)

En todas las asignaturas se debe enseñar a leer, como efecto colateral. Los adolescentes ya dominan la mecánica de la lectura, saben descifrar los signos, pero eso no es leer. Leer es comprender lo que se lee. Para ello necesitan, entre otras cosas, aumentar su vocabulario. Wittgenstein lo dijo de manera contundente: "Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo", por eso, como educadores -y no hay que olvidar que todo profesor lo es, sea cual sea su asignatura-tenemos el deber de ampliar su mundo. O, al menos, de intentarlo.

La ausencia de lectura no sólo empobrece la mirada, sino también la expresión, y por eso gran parte de los jóvenes no saben expresarse. Con frecuencia, cuando señalamos un error a nuestros alumnos universitarios que vienen a revisar sus exámenes, nos dicen: "Ya, pero es que lo que yo quería decir..."

De hecho, las estadísticas nos dicen que los alumnos leen menos según avanzan en la secundaria. Tropezáis con una misión imposible: obligar a leer y hacer amar la imposición. Vosotros tenéis que enseñar el rostro más seco del lenguaje -la gramática -y otro rostro hermoso pero no para los alumnos -la historia de la literatura-. Es muy difícil atraer a la lectura a través de los clásicos, creadores fascinantes pero con frecuencia lejanos. (...)

Esta campaña de incitación a la lectura de todo el claustro es previa a la dirigida a los alumnos. Casi siempre deberá ser iniciada por el departamento de Lengua y Literatura, pero nos parece tan importante establecerlas de una manera constante y sistemática que llevamos mucho tiempo insistiendo sobre la necesidad de que en todos los centros de enseñanza secundaria no sólo haya una biblioteca, sino un bibliotecari@. Un@s bibliotecari@s muy peculiares, porque han tener una clarísima e innovadora función docente. La biblioteca debe ser, por supuesto, centro de información, pero tiene que ser también un punto de irradiación lectora, un centro de animación cultural.

(...)

Y tenemos que acercarnos con la voz a estos adolescentes a los que no les gusta leer, no sólo por la tele, o por la videoconsola y sus juegos, activos y divertidos, sino porque hemos matado el inicial gozo de la lectura a base de fonemas, morfemas, cartas marruecas y análisis varios. "¿Y si en lugar de exigir la

lectura, el profesor decidiera de repente compartir su propia dicha de leer?”, se pregunta Pennac. Es la primera receta mágica. Pues de eso se trata. De que les leamos nosotros si ellos no quieren leer. Nos dirás, y con razón, que está el programa, que tienen que hacerse comentarios, porque luego se lo pedirán al llegar a selectividad. Todo eso es cierto, pero sólo te pedimos que "te lo saltes", un día a la semana, que será el día de lectura. Si el experimento resulta bien, como nosotros creemos, tendrán mucho más interés y aprenderán después más rápido. Sabemos que has estado muy de acuerdo mientras decíamos que los padres deberían leer cuentos a sus niños, que los profesores de primaria deberían seguir leyendo cuentos a adolescentes, a los adolescentes de hoy... y piensas que ahí querrías vernos a nosotros. Es lógico. Pero sólo te pedimos que lo pruebes, que hagas el experimento. (...)

Pero por mucho que hagamos es posible que nuestros alumnos sigan sin querer leer. No importa, tenemos que intentarlo. Un profesor debe ser optimista, debe ser inasequible al desaliento, (...)

La tarea de educar es una tarea tan grande como ilimitada. Nunca tenemos los resultados asegurados. En eso se parece a la del agricultor. Hay que plantar la semilla, y luego regarla, abonarla, cuidarla. Pero no depende de nosotros que fructifique, y que cuando lo haga sea con los resultados apetecidos. Debemos ser humildes. Sea cual sea el resultado tenemos, como profesores, la obligación moral de intentarlo con todo nuestro empeño y nuestra pasión. Se trata, sí, de un acto de amor”.

José Antonio Marina-María de la Válgoma, La magia de leer, Plaza Janés,

9. ELOGIO DE LOS LIBROS

“Por la descripción del paraíso, y la ceguera de Tobías y por el viaje de Jonás alojado en el vientre de una ballena.

Por las aventuras de Ulises a través un mar color de vino y por la explicación de sus hazañas hasta que pudo regresar a y Ítaca.

Por las enseñanzas de Virgilio acerca del tiempo que nos huye, irremediable, y, cómo no, por las de Horacio, que nos animó a disfrutar del momento que pasa y a llevar una vida retirada y modesta.

Por los jardines y fuentes de los versos arábigos, porque evocan la pérdida del inmenso desierto.

Por la flor del cerezo y la luna y el río, y por los pabellones y por las batallas que cantan los poemas de los clásicos chinos.

Por el amor que ha abierto las murallas de todos los castillos de la historia y por los trovadores que inventaron el modo de asaltarlas.

Por las coplas escritas a la muerte del padre, y las noches oscuras y la senda escondida, y la hermosa locura que inventó Don Quijote.

Por el descenso a los infiernos donde habitan los monstruos y el ascenso a los cielos donde viven los Ángeles.

Por la busca del tiempo que creímos perdido en la patria feliz de la infancia.

Por los cuentos de hadas y los cuentos de lobos, por su felicidad y por su miedo.

Por los cantos oscuros de las tribus remotas, tan acordes al ritmo con que suena la Tierra.

Por la tristeza y por el entusiasmo que se esconden detrás de las líneas escritas por cualquier ser humano.

Por los mares del mundo: los del norte y sus sagas, los del sentir y sus islas; y los de la persecución de Moby Dick y los profundos del Nautilus.

Por los héroes de leyenda y los seres reales porque son las dos caras de la misma existencia.

Por las volteretas de todas las vanguardias y los sueños que inventan con sus saltos festivos.

Y por todos los libros, incontables, que admiten recordar lo olvidado y volver a lugares donde nunca estuvimos y vivir esas vidas que jamás viviremos. Porque el mundo es un libro que nos lee y que escribimos.

Álvaro Valverde

10. EL FESTIN DE ALEJANDRÍA.

“Cuando el hombre quiso ser como Dios, creador del mundo, inventó los libros, que multiplican el mundo. Gracias a ese ingenioso artificio de tinta y de papel podemos sentirlo todo de todas las maneras, mirar el universo con cien ojos, viajar en el tiempo, descender al centro de la tierra y al otro centro, más remoto, de nosotros mismos.

Hay quienes contraponen los libros a la vida, como si la vida digna de tal nombre fuera posible sin los libros, como si los libros no fueran la más alta expresión de la vida.

El buen lector ni siquiera envidia a Dios, porque Dios ya conoce todos los libros y todos los tiene en su inmutable memoria, privándose así del placer de irlos descubriendo en perpetuo deslumbramiento y del más hondo placer de releerlos. Yo he sido Lázaro de Tormes y he engañado al ciego y compadecido al hidalgo; he recorrido los anchos caminos de la Mancha en busca de entuertos que deshacer y he acompañado par esos mismos caminos a mi desventurado señor que se empeñaba en confundir los molinos con gigantes; he cometido adulterio con Madame Bovary y me he suicidado par amor con el joven Werther; yo me he perdido en la niebla de Londres, acompañado del bueno de Watson, resolviendo los tortuosos enigmas que me planteaba el Doctor Moriarty; yo he navegado por mareas azules en busca de paradisíacas islas y tesoros, y me he emborrachado de

melancolía en un atardecer provinciano mientras esperaba, junto a un olmo seco, otro milagro de la primavera; yo he llorado con Aquiles la muerte de Patroclo; he sido un cerdo junto a Circe; he acompañado a Fabricio del Dongo en la batalla de Waterloo; yo me he enamorado con Bécquer y con Pedro Salinas, he escrito los versos más tristes una noche junto a Pablo Neruda y he sido aprendiz de guitarrista con Landero y generoso miliciano con Javier Cercas.

En una palabra, he sido un lector, he estado lo más cerca de la omnisciente divinidad que puede estar un ser humano, no he conocido un instante de tedio, he multiplicado mi vida en mil vidas distintas.

Abrir un libro es abrir una puerta en los muros de la cotidianidad: penumbrosos, resbaladizos renglones nos llevan hacia secretas galerías, al huerto por el que pasea Melibea y un joven aparece de improviso persiguiendo un halcón, al geométrico laberinto de Buenos Aires, al cementerio judío de Praga, a un café en la Praça do Comercio, frente al Tajo, donde esperan la llegada del rey don Sebastián, mientras hablan en versos y de herméticas filosofías, Pessoa, Reis y Álvaro Campos.

Me he pasado la vida añorando la biblioteca de Alejandría, ese mágico recinto que encerraba todos los libros, y del que todas las bibliotecas no son más que un pálido remedo, y ahora me doy cuenta de que nunca he salido de ella.

Porque la biblioteca de Alejandría no es más que otro nombre del universo. Para el buen lector no hay rincón en el mundo que no sea un rincón de esa biblioteca: el balcón de mi casa, en Aldeanueva del Camino, los atardeceres de verano; la cafetería de Barnes & Noble de Unión Square, en Nueva York, o la biblioteca de la universidad de Coimbra, no la que refulge de oros y visitan los turistas, sino la otra, más modesta y nutricia; un parque de Avilés, ennoblecido de otoños; el paseo de Canovas en Cáceres, con sus puestos de libros viejos; la sombra de unos árboles, cerca de una cala solitaria, en Provenza; el Campillo del Mundo Nuevo, en el Rastro; tantas cafeterías que me han visto con un libro en la manos...

El lector, esté donde esté, tiene siempre a mano billete y pasaporte para el más incitante viaje.

Nunca son demasiados los libros, los cientos de libros que se publican cada día, porque no están para que los leamos todos, sino para que nunca nos falte donde escoger.

La biblioteca de Alejandría, que tiene sucursales hasta en el más modesto quiosco, nos invita perpetuamente a una fiesta, a un interminable festín. Los buenos libros, decía Santiago Rusiñol, hay que leerlos a pellizcos como se comen la ensaimadas.

La lectura: placer que nunca sacia, banquete al que todos estamos invitados y en el que siempre se encuentra una delicia culinaria para el gusto o el capricho de cada lector.

La lectura: placer de dioses reservado a los humanos, perpetua incitación a la felicidad".

José Luis García Martín

11. TAMPOCO A MI ME GUSTA

Elogio adolescente de la lectura, Javier Rodríguez Marcos

“En todas las infancias hay una tía soltera. En la mía había dos. Por eso desconfío de los elogios de la buena conducta, porque detrás de toda tía soltera siempre hay un consejo que nadie le ha pedido pero que se repite, pero que se repite. “Lee, muchacho”. Por supuesto, lo último en lo que piensa alguien a los catorce años es en seguir de cerca los consejos de nadie. Como mucho, de lejos, por encima del hombro, desconfiado. El mundo es suyo y suya es la sabiduría que cabe en su ignorancia.

A mí tampoco me gusta leer. Ya lo han adivinado. Recuerdo aquellos días. Los recuerdo porque yo era feliz. Tenía catorce años, dicho queda. Leer me parecía, como poco, aburrido. Era lento, pesado, interminable, inútil. Todavía sigue pareciéndome inútil. La vida es mejor, pero es más ancha ahora. Eso quería decir. Feliz, catorce años. Un final repentino del verano. Nada que hacer. Un libro despistado. La suerte estaba echada. Desde entonces no hay día en que no me pregunte: ¿Por qué leer?

Leer no hace mejor las cosas, hay que decirlo pronto, pero mejora mucho, valiente paradoja nuestra vista cansada, nuestra visión del mundo. Leer es una forma de ensanchar nuestro asombro. Y el asombro no es más que la forma más grande que existe de estar vivo.

Es una garantía contra el aburrimiento, contra la prepotencia, contra la pobre creencia de que todo está en deuda con nuestros grandes méritos. “Que nadie es más que otro si no hace más que otro”, dice, sabio, el Quijote.

Un libro es un depósito de momentos felices, un lugar donde la vida es justa, un refugio. La emoción es refugio, la memoria, también. No otra cosa es un libro: emoción y memoria. Alguien dijo que un hombre que hubiera vivido un solo día en libertad, habría atesorado recuerdos suficientes para pasar el resto de su vida en la cárcel. A veces pienso en situaciones extremas. No en bibliotecas cómodas llenas de libros nuevos. Pienso en un hombre solo y en un solo libro. Ni siquiera en un libro: en su recuerdo apenas. A eso me refiero cuando hablo de refugio. ¿No lo es, en medio de lo peor del día, recuerdo de los días felices? Eso es también un libro. El lugar en el que nunca estamos solos.

Un partido de fútbol -recuerdo todavía de aquel verano de los catorce años- es mucho más intenso cuando uno conoce las reglas, la estrategia, el nombre de algunos jugadores. Pues bien, los libros también tienen un poco de instrucciones de uso de la vida. No dicen, por supuesto, cómo hay que vivirla, sólo nos hacen libres para montar las piezas de este rompecabezas gratuito e impecable, vertiginoso como un salto mortal.

A veces las palabras más llenas de sentido son también las más vanas. Libertad, eso dije. ¿Por qué leer, en fin? Porque nos hace libres. Libres para saber que nuestra vida es nuestra. Para saber también que no toda la gente ha tenido la

misma suerte que tuvimos nosotros. Para saber que esa suerte imprevista no nos hace mejores. Ni complejo ni orgullo: instrucciones para ponerse un tiempo en los huesos de otro, en la piel de cualquiera.

Valgan grandes palabras por grandes ocasiones: compasión. Leer sirve de poco si no sirve la vida. Hay eruditos para los que los diez mil libros no son más que una cifra. Sabio es el que transforma un dato en idea para volverlo humano. Por eso toda la biblioteca es antes un taller que un almacén, más viña que bodega.

“Tampoco a mí me gusta / pero si leerla / con absoluto desprecio / encontramos, al fin, / sitio para lo auténtico”. A veces pienso, y pienso en el escándalo que sería para mis tías, que a los libros les conviene un poco de desprecio. Una lectura sin hacer concesiones. Es allí donde dan sus frutos más cuajados.

¿Por qué leer? La pregunta persiste.

Porque nos hace humanos. Y libres, compasivos. Y felices a veces. Y porque en ocasiones tampoco cuesta tanto, por más que cueste un mundo, dar la razón a nuestras tías solteras.

12. QUIJOTES,

Antonio Sáez Delgado

“El mejor consejo que me han dado nunca lo encontraré en la página de un libro. Era de Ricardo Reis, un escritor que nunca existió más allá de la literatura, fuera de los libros: “pon el máximo de ti mismo en lo mínimo que hagas”. Lo leí por primera vez siendo adolescente, en ese tiempo que los consejos de un género que, por su caudal, abruma. Desde entonces no lo he olvidado.

Poco a poco la vida se va llenando de libros. El primero que recuerdo en la mía es *El Quijote*, descansando en la mesilla de noche de mi abuelo. Esa fotografía tiene una fecha, mil novecientos setenta y; y un lugar, Cáceres. En una casa lindando con el casco antiguo, mi abuelo nos hacía leer y, sobre todo, escuchar con paciencia sus composiciones, sus rimas, sus ripios. Le gustaba escribir, y mi hermano y yo creíamos que era un gran poeta. Otras veces nos leía los clásicos. Empezaba por Dante, uno de sus favoritos, y continuaba con *El Quijote*, que fue el primer libro que compró, empleando sus pagas infantiles, en una sobria edición de la casa Hernando.

Recuerdo oírle decir que lo había leído siete veces, siempre en la cama y antes de dormirse. Llegaba la última página y se creía, sin saberlo, poseedor del libro de arena de Borges. El final llevaba al principio, después mi hermano y yo, muchas veces son nuestros amigos, imitábamos su voz temblorosa y cansada y nos reíamos. Tenía ochenta años. Nosotros doce o trece. Lo que entonces tomábamos casi como un castigo, el tiempo se ha empeñado en que sea mejor regalo. Caminábamos por el Paseo Alto de Cáceres, le escuchábamos hablar de la vida literaria del Ateneo de Madrid (que también conoció en los años veinte). Eran

conversaciones con balas de mentira y sangre de verdad, como siempre ocurre en la literatura. Le oíamos decir que había leído un poema, vestido con su mono de operario, en el elegante entierro de Villaespesa. El tiempo se encargó de enseñarnos la realidad, de mostrarnos que era sólo un poeta. No he olvidado el sabor de agua que apaga la hoguera de las vanidades. Fue un hombre que puso todo cuanto era lo mínimo que hizo, y eso basta para que leamos hoy sus versos con amor desapasionado, el que no deforma la memoria y no trastorna las veleidades del presente y del futuro.

En el recuerdo de aquellas tardes en que escuchábamos *El Quijote* tenemos pantalones cortos, y nos reímos con la boca llena. Alguien dirá que es una escena ridícula. Muchas veces me he preguntado cuándo se inició en mí, en nosotros, el placer de la lectura. Todos los días me interrogo sobre qué sobrevive hoy en aquellos días. Con el tiempo he intentado aprender, como Alberto Caeiro, a observar el mundo con la cabeza vacía, a leer sin ideas, como quien contempla un paisaje. Intento ser un lector neutral. En las lecturas de mi abuelo, siempre me gustó más la figura de Sancho que la de Don Quijote. Después he sabido que me atrae más el idealismo de Sancho que la ética de Don Quijote. Un toque de atención: los libros pueden volvernos locos, incluso aproximarnos a la muerte. Ya decía Kant que razón y locura son dos reinos vecinos de fronteras difusas.

A menudo me da por pensar que de poco sirven los libros en medio del dolor. Anoto de Brecht: “primero está el alimento, después la moral”. Pienso sin pasión, con la cabeza vacía de ideas. Me gustan los libros en los que las palabras se tornan elementales, susurrantes, con el recogimiento y la emoción de las grandes cosas sencillas. Los que se leen con la borrasca sensatez de quien sabe que los cuchillos que los provoca en otros marcan nuestra piel hasta convertirla en el mapa de los días vividos. Me gusta leer libros, todos los libros, como si fuesen mi propia autobiografía. Los libros nos acercan a la tradición, es verdad, pero también nos sirven para librarnos de ella, de su terrible peso a nuestras espaldas. Los libros están compuestos de palabras, y las palabras no son reales. Aunque lagunas de ellas, prestigiosas en la literatura y terribles en la vida, se empeñan en acompañarnos a donde quiera que vamos.

Los libros, la literatura, es el reino de la libertad. Abrimos o cerramos un mundo, lo inauguramos y clausuramos con sólo hacer un movimiento con nuestras manos. Horacio creyó que viviría en sus Odas cada vez un lector las leyese. Otros, como Kafka, se empeñaron en quemar todas las páginas. A mí, algunas veces, me da por pensar que también permanecen vivas las personas fuera de los libros, pero dentro de sus palabras. Cada vez que abro las páginas del Quijote, el mismo ejemplar que descansaba sobre la mesilla de noche de mi abuelo, siento renacer su voz; observo, sin ideas, las primeras huellas que la literatura fue dejando en mi interior. Y entonces corro a ver lo más importante: si mi hermano, si mis amigos continúan cerca. Pongo lo máximo de mí en lo mínimo que hago, y tengo la certeza de que eso es lo único que vale la pena.